

Las puertas cerradas de la historia

MIKEL MUNARRIZ

Cuando el 15 de octubre del pasado año un golpe militar incruento derribaba el gobierno corrupto y sanguinario del General Romero, se cerraba para El Salvador un ciclo histórico. Un modelo de desarrollo, un modelo de gobierno y de organización social, fenecían, quizás para siempre, con el gobierno que era ahora sustituido por una Junta cívico militar.

La historia había comenzado en 1962, cuando el país, tras un ciclo de sangre, intentaba ensayar el modelo de democracia liberal. O, al menos, como se fue demostrando con el pasar del tiempo, una fachada de democracia liberal.

Hasta finales de la década de los "60", la cosa marcha más o menos bien. O, al menos así lo juzgan sus principales protagonistas, los dueños del poder en un estado que representa a la oligarquía agroexportadora, unas pocas familias que poseen todo el poder económico y desde él controlan el aparato del estado.

Pero desde 1968 y sobre todo desde el comienzo de los "70", las cosas empiezan a "empeorar". El nacimiento de ciertas industrias, aunque ligadas al capital agroexportador, la indudable capacidad técnica del país, sus Universidades y hasta el mismo aparato estatal, han ido haciendo una nueva burguesía, que ya no ve sus intereses representados en el partido que viene sucediéndose en el poder. Cobran fuerza nuevos grupos de oposición, entre ellos, y principalmente, la social democracia y la democracia cristiana y el partido comunista, entonces en la legalidad, que alcanzan mayoría en las Cámaras. Este hecho siembra el pánico en los dueños del poder y comienzan las trampas, los chanchullos, las maniobras repetidas y exitosas por arrebatar el poder a una oposición que se muestra ascendente. Esta etapa de "democracia deteriorada", fraudulenta, culmina en 1972, cuando la coalición de los opositores —sin el partido comunista que en el 70 se extinguió y en parte optó por la vía armada de la guerrilla— gana las elecciones presidenciales por un margen bastante amplio. Solamente un fraude escandaloso permite a los de siempre seguir dominando el gobierno del estado y los principales miembros de los partidos de la oposición se ven obligados a exiliarse. Desde este

momento, medio desarticulada la oposición, el gobierno de la derecha salvadoreña, presidido siempre por un militar, parece respirar más tranquilo.

ASCENSO DE LA LUCHA DE MASAS

Al mismo tiempo, particularmente a partir del año de 1968, comienza a darse en El Salvador un hecho cuantitativo y cualitativamente nuevo. Las masas populares se organizan y luchan, al margen de la tradicional tutela de los partidos tradicionales de la oposición, abandonando especialmente la tutela anterior de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista. Es particularmente el magisterio el que se muestra más organizado y combativo que con huelgas notables ponen el jaque a la oligarquía y al gobierno particularmente en el 68 y en el 71. Se va haciendo sentir en estas explosiones sociales cada vez una mayor radicalización. de aspiraciones meramente reivindicativas al principio, se va pasando cada vez más a las propias de una conciencia de clase creciente y clara. A la vez las organizaciones político-militares que han optado por la vía guerrillera, han abandonado las teorías y las prácticas foquistas, para desarrollar una línea de trabajo de masas. Las organizaciones populares que agrupan a sindicatos obreros y de empleados, a agrupaciones campesinas, al magisterio y a los estudiantes, se van ligando a los diversos grupos armados que operan en el país. No cabe la menor duda que la represión, siempre creciente, empuja a aquellos líderes que se ven amenazados a refugiarse en la guerrilla, único espacio que permite la supervivencia del perseguido en un país tan pequeño como El Salvador.

UNA HISTORIA DE SANGRE

Porque, conviene no olvidarlo, un gobierno sin base social numerosa, que representa los intereses de una minoría económicamente poderosa solamente, no puede, sobre todo después de los fraudes electorales, ni siquiera legitimarse. Su única arma para mantenerse en el poder es la fuerza descontrolada. Las fuerzas armadas, al fin y al cabo hijas de las que en 1972 masacraron a más de 25.000 campesinos, se especializan en reprimir. En un sistema en el que el opositor es un enemigo a quien hay que aniquilar, las huelgas, las manifestaciones,

cualquier signo de protesta atrae inmediatamente la represión. Las fuerzas policiales o las del ejército actúan con probada "eficiencia". detrás de los soldados que disparan pasan camiones que se llenan y "desaparecen" a los cadáveres y a los heridos y, detrás de ellos, pasan los camiones cisterna que a fuerza de mangueras borran las manchas de sangre que han quedado en las calles.

Naturalmente, una fidelidad así a la poderosa y minoritaria oligarquía, no es gratuita. La corrupción ha invadido los cuadros castrenses, especialmente en sus más altos mandos. No cabe la menor duda que la comparación que ciertos políticos del partido de gobierno de Venezuela hacen de la alianza de la D.C. con ese ejército sanguinario y corrupto con lo sucedido aquí en la lucha contra la dictadura es un verdadero insulto a nuestras Fuerzas Armadas.

Pero, a pesar de la señalada eficiencia, esta represión no basta cuando las condiciones económicas del país se van deteriorando por la crisis del capitalismo mundial y, muy en especial, a consecuencia de la guerra con Honduras que agrava hasta lo indecible los graves problemas demográficos del país y deteriora los mercados para los productos industriales. Se recurre entonces a las organizaciones de espionaje, de muerte y de tortura de tipo paramilitar como FARO, UGB y ORDEN, que se van encargando cada vez más de una represión selectiva y de sembrar un clima de terror y de muerte.

EL ÚLTIMO INTENTO

Durante el gobierno del Coronel Molina (1972-1977) la crisis se va acentuando. Es tan insostenible la situación que algunos en el propio seno de la oligarquía y de los aparatos del Estado ven como única solución la implementación de ciertas reformas que puedan calmar el auge del movimiento de masas, incrementado muy especialmente a partir de 1974, que marca la incorporación masiva del campesinado a la lucha popular a través de sus organizaciones UTC y FECCAS, que a partir fundamentalmente de una concientización cristiana, luchan decidida y masivamente por una sociedad mejor. En el mismo año del 74 se proyecta un curso que debería ser dictado por militares peruanos, sobre re-



forma agraria. Este proyecto, cuyo motor principal ha sido Quique Álvarez Córdova, proveniente de una de las familias más prominentes de El Salvador, queda en solo eso: un proyecto.. que nunca llegó a concretarse. En 1975 es el propio gobierno del General Molina el que dicta una Ley de Reforma Agraria, apoyada por grupos más técnicos o más lúcidos. Cuando en el 76 esta Ley —por otra parte súmamente tímida— se reglamenta y se intenta llevar a la práctica, se plantea con toda su crudeza la pugna entre el gobierno y la oligarquía, que muestra descaradamente su posición opuesta a la más mínima reforma. El gobierno intentará llevar su proyecto adelante: “¡Es el seguro de vida de la democracia!” —proclama Molina—. La oligarquía no cede. La oligarquía salvadoreña, la más tecnicada de Centroamérica para la producción —gracias a esa técnica el rendimiento por hectárea de café en El Salvador es, en cantidad y calidad, el mayor del mundo— es absolutamente salvaje y primitiva en lo político. Naturalmente un gobierno sin base popular no pudo hacerle frente a la reforma fracasó. El gobierno de los militares se plegó a la fuerza del dinero: “¡A sus órdenes, mi capital!” tituló entonces un artículo la revista de la Universidad Simeón Cañas

La propuesta de las poderosas familias al descontento popular fue muy simple: el candidato para las elecciones próximas del partido de gobierno —el que venía gobernando “desde siempre— sería el General Romero, un hombre que como Ministro de Relaciones Exteriores de Molina se había mostrado como partidario y eficaz ejecutor de la represión. Ante esto y después del fraude que les había arrebatado el triunfo en las elecciones anteriores, los partidos de la oposición tradicional intentarán una nueva fórmula. La Unión Nacional Opositora, presenta como candidato tam-

bién a un militar, el Coronel Claramunt.

Los meses finales de 1976 y los primeros de 1977, con motivo de la campaña electoral fueron de intensa movilización. El descontento generalizado y el temor a la represión que desataría desde el máximo poder político un hombre como Romero, fortalecieron las esperanzas de los partidos de la UNO que apoyaba a Claramunt. Sin embargo, las organizaciones populares, cada día más fuertes y con mayor capacidad de movilización de masas, se mostraron reticentes a prestarles su apoyo: el desengaño de etapas anteriores y sobre todo la conciencia de clase, eran demasiado grandes para que entregaran sus fuerzas a unos grupos partidistas sin arraigo popular y propios de otras clases sociales. Aprovecharon, sí, la coyuntura de cierta libertad que permitía la temporada electoral para fortalecer sus organizaciones y para hacer propaganda de sus posiciones.

En febrero de ese año de 1977 se celebran las elecciones. El fraude, más descarado y más comprobado que nunca, arrebató a la UNO y a Claramunt una clara victoria. Los derrotados se niegan a admitir el resultado fraudulento y sus cuadros se concentran durante días y noches enteras en la Plaza de la Libertad. Cuando el organismo encargado de “controlar” las votaciones y el conteo de los votos dio los resultados oficiales que proclamaban ganador al “caballo del comisario”, el ejecutivo rubricó lo que sería la forma de gobierno de Romero, las fuerzas armadas atacaron la Plaza de la Libertad —balas, camiones para recoger cadáveres y heridos, camiones cisterna para borrar la sangre— y masacraron a los opositores que aún se atrevían a serlo.

Ese fraude y esa masacre frente a un candidato también militar significaron el cierre de la vía electoral como posibilidad para un cambio.. Y a la vez, se

señalaba el principio del fin de una etapa impuesta por la oligarquía: la de la represión sin reformas...

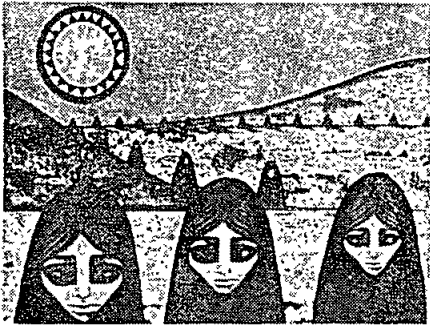
EL PUEBLO SE LEVANTA

El período que el General Romero estuvo en el poder, desde marzo del 77 hasta octubre del 79 se va a caracterizar por eso: por la generalización y el recrudecimiento de la represión. Al principio es el encarnizamiento contra los que participaron en el FAO, que se ven obligados a esconderse o exiliarse. Enseguida comienza la persecución contra la Iglesia significada sobre todo por el asesinato del P. Rutilio Grande. Siguen las “ocupaciones” de departamentos enteros del país por parte del ejército, que actúa como un verdadero ejército de ocupación contra sus conciudadanos: la zona cercada queda incomunicada del resto del país, ya que no se puede entrar o salir de allí sin un salvoconducto firmado por el comandante de la tropa; las mismas fuerzas armadas y los grupos paramilitares amparados por ellas, se dedican a acabar con el movimiento campesino, asesinando, robando, violando, incendiando ranchos y cosechas. Después crecerá el poder y la actividad de las bandas armadas de derechas, formadas generalmente por miembros de las fuerzas armadas sin uniforme, que asesinan, secuestran y desaparecen a la gente en la más absoluta impunidad ..

Pero paralelo y simultáneo a este crecimiento de la represión, se da, increíblemente, el crecimiento en número, en acciones, en organicidad, de las organizaciones populares. Se puede decir que durante todo el tiempo y pese a la crueldad de la represión el pueblo salvadoreño vive en la calle, en lucha contra un sistema que ya ha muerto y que solo se mantiene por la fuerza de las armas y por el apoyo casi continuo que le prestan los Estados Unidos pese a sus declaraciones en pro de los derechos humanos. Realmente hay que afirmar que si hay en el mundo un pueblo capaz de luchar larga, continua y decididamente para conquistar su derecho a la vida, a la dignidad y a la libertad, es el pueblo salvadoreño.

POR QUE LUCHA EL PUEBLO

Sería inexplicable esa lucha si no se conociera una serie de factores (que la explican). En primer lugar hay que señalar el malestar objetivo, la miseria a que este pueblo se ha visto sometido. Muchas de las huelgas se hacen para conseguir, simplemente que cesen los malos tratos —físicos— de los capataces y encargados o para impedir que se cierren



industrias por capricho de sus dueños. Se ocupan tierras no cultivadas para obtener contratos de simple arrendamiento. Cualquier peón rural "malinformado" por los agentes y miembros de ORDEN no consigue que ningún patrón lo contrate. Las mejores tierras, propiedad de "las mejores" familias, se dedican a cultivos de exportación, mientras el pueblo se muere literalmente de hambre, aun cuando consigue trabajo —siempre temporario en el caso de los peones agrícolas— ya que los salarios son siempre insuficientes. Se ha llegado a incendiar barrios enteros del centro de la ciudad para desalojar a sus actuales moradores —vendedores del mercado principalmente— a fin de que las constructoras puedan especular con esos terrenos. Todo esto lo vive el pueblo en carne propia... y es tan patente que muchos miembros de otras clases sociales no tienen más remedio que verlo ..

Pero este factor no bastaría. Como no basta tampoco el hecho de la actividad creciente de los grupos guerrilleros, ligados en una u otra forma con las organizaciones propias del pueblo. Mayor incidencia en esta perseverancia en la lucha tiene, a mi juicio, la capacidad de dirigencia mostrada por los grupos que lideran las organizaciones populares. Su capacidad de convocación está aunada no solo a una creatividad enorme sobre las formas de protesta popular sino a una capacidad de defender al pueblo que actúa frente a la represión y a sus propios cuadros de la persecución. Ciertamente han muerto muchos, de los cuadros y también del pueblo. Pero el número es relativamente pequeño comparado con la fuerza y el empeño del aparato represivo del estado. Las manifestaciones son organizadas de tal forma que pueden ser disueltas antes de que sean atacadas por el ejército o la policía; se ha previsto hasta en sus menores detalles la retirada de los manifestantes o, en su caso, la de los ocupantes de una finca cuando la permanencia sería un simple suicidio. Además, en medio de la lucha, con la misma lucha como instrumento, se ha dado un proceso extenso e

intenso de educación y concientización popular que hace que haya nacido y crecido una conciencia de clase realmente notable. Esto se debe, a mi modo de ver, a que los líderes de las organizaciones populares, las vanguardias de las luchas del pueblo, están formadas por auténticas personas del pueblo. Ciertamente están con ellos personas pertenecientes a otras clases sociales, aquellos que, como decía más arriba, han visto también lo que el pueblo padece y que, por sus conocimientos, pueden ser necesarios para las organizaciones. Pero los verdaderos líderes, los que mandan y deciden son gente del pueblo. En esto las organizaciones populares de El Salvador superan al mismo Frente Sandinista. Por eso puede ser que con nuestra mirada de pequeño-burgueses hemos podido juzgar a las delegaciones que envían al extranjero en busca de solidaridad, "inferiores en calidad" a las que en su tiempo enviara el Frente Sandinista. Quizás la mayor prueba de capacidad de vanguardizar al pueblo mostrada por los dirigentes de las organizaciones populares, ha sido su capacidad para resistir y hacer resistir al pueblo las provocaciones lanzadas por las fuerzas represivas para que el pueblo se lanzara a la insurrección definitiva antes de estar debidamente preparado. Porque provocaciones bien fuertes fueron sucesivamente a finales de abril y principios de marzo la noticia —que, curiosamente provino del embajador norteamericano— y que resultó falsa, del asesinato del Secretario General del Bloque Popular Revolucionario, y enseguida el asesinato de Monseñor Romero y la masacre con ocasión de su entierro... El pueblo, en esas ocasiones, serenamente conducido por sus líderes, apretó los dientes y... no se lanzó a la calle como esperaban sus adversarios, sino que siguió preparándose para cuando sea oportuno. Porque las fuerzas populares de El Salvador no pueden darse el lujo de una insurrección no victoriosa como fue la sandinista de septiembre de 1978. Allí los derrotados no tendrían donde retirarse organizadamente ya que no hay una zona de montañas como la de las Segovias, ni podrían refugiarse en otros países ya que sus vecinos son los regímenes tan represivos de Honduras y Guatemala.

LA PRIMERA JUNTA

El 15 de octubre de 1979 tuvo lugar una insurrección militar que puso fin al gobierno y al régimen del General Romero. Sin disparar un solo tiro, un grupo de jóvenes militares instauró una Junta de Gobierno e introdujo una nue-

va situación en el país. Ahora sí se va a intentar un proceso profundo de reformas que pudieran solucionar la caótica situación que vivía el país. Recibida con muchas reservas por las organizaciones del pueblo, recibía el apoyo de los grupos y personas que eran conscientes de la amenaza de una guerra civil y deseaban evitarla. Así se logró integrar un grupo de personas altamente preparadas y honestas que intentarían buscar una salida pacífica al deterioro radical del país.

Que quede bien claro: aunque la Junta se llamó "revolucionaria" nunca lo fue. Su proyecto político, por muy profundo que se quisiera, fue un intento de reformar el sistema capitalista para salvar al sistema capitalista.

La primera junta fracasa no llegó a los tres meses de gobierno. Y con su fracaso se cerró la esperanza de que un proceso reformista puede salvar al país. Y es que esta Junta pretendió hacer una "revolución" sin romper con el pasado. Desde el primer momento quedaron dentro de las Fuerzas Armadas y de los temibles Cuerpos de Seguridad personas ligadas al sangriento pasado inmediato.

No se apresó ni juzgó a los responsables de las atrocidades cometidas contra el pueblo en la etapa anterior. Más aún: la derecha salvadoreña, esa oligarquía para la que un modelo reformista es intolerable, logró que sus intereses quedaran articulados al interior del mismo gobierno. Desde allí y con el control de los medios de comunicación, y presión en sus manos minaron desde el primer momento los intentos de la Junta. Lograron imponer a los militares de línea dura en los altos mandos del estamento militar; desde allí lanzaron una represión más dura que la realizada en los tiempos de Romero, con lo que la Junta quedó cada vez más huérfana de apoyo popular. Se mantuvo una Constitución que la Junta había intentado sustituir por un nuevo Estatuto Constitucional, con lo que las reformas quedaron sin base legal.

Muy pronto los hombres más honestos de la Junta y del Gobierno abrieron los ojos y se retiraron de un proceso que aparecía como un camino imposible. También la derecha más reaccionaria, ante el peligro de aumento de impuestos, le volvió la espalda a la Junta.

Quedó claro: el intento reformista, bienintencionado, honesto, no contaba con suficiente respaldo de las Fuerzas Armadas. Y sin ese poder, el poder de la derecha quedó intacto. Para seguir su modelo de represión total, su plan de "acabar con 100 000 personas para que

ellos no acaben con nosotros”.

Pero quedó claro también que el Ejército (no los Cuerpos de Seguridad) está dividido: aunque hoy no tengan el mando principal, hay militares que no están dispuestos a seguir siendo el brazo represivo de la oligarquía agroexportadora. Aunque existan todavía, fuertes y con mando, otros militares a quienes la corrupción o la falta de sentido político mantienen fieles al sistema. Y también que hay una fracción de la burguesía que exige cambios profundos, que como sucedió en Nicaragua, puede ser un aliado de la revolución.

LA SEGUNDA JUNTA

El 2 de enero cae la primera junta revolucionaria y se instala la segunda. Ahora está claro que carece de bases sociales mayoritarias y que irá al compás que le señalen la derecha reaccionaria y los militares de la línea dura.

En esta situación se logra la “genialidad” de darle una base social con la incorporación al gobierno del partido Demócrata Cristiano. Desde el primer momento se ha demostrado la debilidad de este intento: una parte del partido se negó a colaborar con unos militares que no sólo no han dejado de reprimir, sino que están intensificando hasta límites nunca vistos la represión. Y cada día son más los miembros del partido que rompen públicamente con la fracción instalada en la Junta y se articulan con los grupos de oposición llegando hasta la incorporación en los frentes guerrilleros, especialmente en el ERP.

Porque cada día es más claro que las anunciadas “reformas” son sólo de tipo jurídico, sin incidencia real en el poder de la vieja oligarquía. Ciertamente se ha nacionalizado la banca, el estado tiene el 51 por ciento de las acciones de los bancos nacionales, pero la banca extranjera, muy fuerte en el país, no ha sido tocada. La cacareada reforma agraria está paralizada en la práctica. Ciertamente nunca intentó tocar las tierras cafetaleras, base del poder económico de las 14 familias de la oligarquía. Aunque se había planteado crear tres tipos de propiedades rurales (la cooperativa, la pequeña propiedad y la gran propiedad de agroexportación), se limita en la práctica a obligar al arrendamiento de tierras ociosas y esto en favor de los campesinos de la antigua organización ORDEN a fin de debilitar el movimiento de los campesinos organizados. La Oligarquía y la rosca de acopiadores han logrado detener cualquier otro intento.

Más aún: la excusa de la reforma agraria está sirviendo a la Segunda Junta

para militarizar el campo. La represión de los sectores campesinos, especialmente en las zonas de guerrilla ha llegado a extremos inconcebibles: poblaciones enteras aterradas por los desmanes del ejército, se han visto obligadas a abandonar, sus lugares de residencia. En San Salvador la Iglesia ha tenido que prestar sus templos como zonas de asilo para los miles de refugiados que huyen de los campos asolados por el ejército. Muchos millares huyen hacia los países cercanos. Nicaragua está recibiendo contingentes enormes de personas que llegan en la más absoluta indigencia. Honduras, por su parte, rechaza a los refugiados y unos 600 campesinos, hombres, mujeres y niños han sido asesinados en la línea fronteriza.

Sólo el apoyo internacional de los Estados Unidos y de otros países, especialmente de ciertos gobiernos Demócratas Cristianos, mantiene a la Junta en el poder. Pero no será por mucho tiempo. Si algunos confiaban en la posibilidad de invasión de marines para sostener un sistema que se muere, esta posibilidad se va alejando. Los Estados Unidos, empeñados en denunciar la invasión de los rusos en Afganistán, no pueden embarcarse en una aventura que contradiría lo que hoy es su tesis política internacional.

EL ENFERMO EN LA CAMA

Las organizaciones populares han tomado ejemplo de lo que sucedió en Nicaragua. Ahora están convencidas sus dirigencias que sólo la unidad como la que logró el Frente Sandinista entre las tendencias diversas de las fuerzas revolucionarias y una alianza con sectores progresistas de otras clases sociales, pue-

de llevarlas a la victoria, al derrocamiento definitivo de un sistema que tanta muerte ha traído a los salvadoreños.

La unidad se está logrando. Es un proceso que comenzó por la creación de la Coordinadora de Masas y que se va afianzando día a día. Los diversos grupos armados (FPL, ERP, FARN y PC) caminan aceleradamente hacia la unidad de mando y acción estratégica. Al mismo tiempo el Frente Democrático Revolucionario busca la salida política agruando en su seno al Movimiento Nacional Revolucionario (socialdemocracia), al Social Cristiano Progresista y a los gremios profesionales y sindicatos clasistas. Mientras estos grupos, cada día más fuertes y unidos, han lanzado un programa común de gobierno revolucionario democrático, y se están lanzando a la búsqueda de una solidaridad internacional que les permitiría formar un gobierno, sea en el exilio, sea en alguna zona “liberada” por la lucha guerrillera.

La Junta tiene sus días contados. Y con ella el sistema: las puertas de la democracia capitalista tradicional y las de una democracia reformista, han sido cerradas por la historia en El Salvador. Sólo queda la salida de la revolución democrática. Y sus protagonistas son cada día más capaces de hacerla. El proceso es irreversible. Los que se opongan quedarán al margen de la historia.

Un proceso como el que está viviendo el “Pulgarcito de América” sólo podría ser detenido por un procedimiento como el que paralizó la primavera de Praga en el año 1968. Parecería que en 1980 eso ya no se puede hacer en América Latina. Sería demasiado antihumano.

